

A retazos

Odds and ends

Por Argiro Quinchía Ortiz
(ARCO)

«Hicimos limpiar las paredes; ordenamos cortar los arbustos del patio, y fue como si hubiéramos limpiado de pequeñas basuras el silencio de la noche»¹.

La tía María normalmente no usaba ropa nueva, era habitual verla con ropajes negros y una cara de infortunio que ni ella podía explicar, pero todos sabíamos que era un luto eterno por la muerte de su papá Antonio y su mamá Josefa. La tía María tenía la costumbre de pedir recortes de casi todo; en la plaza de mercado al carnicero, al panelero y en especial a la retacera que vendía cortes de gabardina, lino, pana y uno que otro paño; la panadería no faltaba; dos veces por semana, los martes y los viernes después de misa de ocho a pedir los recortes de panes, bizcochos, ponqués y bizcochuelos.

«... pero ya no la oíamos caminar ni la oíamos hablar de grillos, hasta el día en que después de la última comida, se quedó mirándonos, se sentó en el suelo de cemento, todavía sin dejar de mirarnos y nos dijo: Me quedare aquí sentada, y nos estremecimos, porque pudimos ver que había empezado a parecerse a algo que era ya casi completamente como la muerte»².

La tía María había dejado empezada su colcha de retazos, la suspendió cuando el cáncer hizo metástasis en su estómago; el mismo cáncer que mató al tío Domingo, a la tía Clara y a mi hermosa madre. El tío Antonio se salvó, porque lo arrolló un auto en la autopista Medellín-Bogotá y murió de inmediato.

La tía María tejió muchos recuerdos y tejió muchos sueños; envejece tejiendo el sueño de

1 Amargura para tres sonámbulos. Gabriel García Márquez

2 Amargura para tres sonámbulos. Gabriel García Márquez

ver leer a Jesús el menor las cartillas de Nacho, que encontraba en la basura de los ricos vecinos, pero la prisa de tener comida para tantos hijos y pagar la energía eléctrica clausura el sueño, y mandó a Suso (como ella le decía) a arrastrar una carretilla paradójicamente para llevar mercados ajenos y trasteos de la clase baja; las cartillas tapizaron las paredes de bareque de mi tía María que sirvieron de pizarra para su nieta que nunca conoció a su papá y mucho menos entendía por qué fumaba pipa.

«El hijo de Pilar fue llevado a casa de sus abuelos a las dos semanas de nacido, Úrsula lo admitió de mala gana, vencida una vez más por la terquedad de su marido que no pudo tolerar la idea de que un retoño de su sangre quedara navegando a la deriva, pero impuso la condición de que se ocultara al niño su verdadera identidad»³.

Dijeron que a Suso lo había matado el cáncer, pero después de un análisis exhaustivo de su cuerpo, el dictamen forense concluyó que lo había matado la pobreza.

Los sueños de la tía eran muy raros; soñaba por ejemplo que el Estado cubriera los daños y perjuicios del mayor de sus hijos; que una noche había sido emboscado por equivocación, confundido con un cuatrero que tenía azotada parte de la región.

Qué extraña era la tía, pegada de bobadas. Qué impaciente era mi tía María, solo porque la silla de ruedas que había solicitado le llegó a los veintidós años.

¡Extraño a tía María!

«Úrsula se lo disputó a la muerte, después de limpiarle el estómago con vomitivos, lo envolvió en frazada calientes y le dio claras de huevos durante dos días, hasta que el cuerpo estragado recobro la temperatura normal. Al cuarto día estaba fuera de peligro»⁴.

La tía murió creyendo que el plástico del salchichón se comía, que el padre de su nieta algún día respondería, que la casa que el gobierno prometió sí sería construida, que José el de doña Berta, llevado por la milicia, muy pronto regresaría y que su colcha de retazos alguien la terminaría.

Qué extraña era mi tía María.

3 Cien años de soledad. Gabriel García Márquez

4 Cien años de soledad. Gabriel García Márquez